

salir á recibirnos en el momento de nuestra muerte, é introducirnos en el cielo en donde no se encontrarán? Comprendamos bien, nos dice Eusebio de Emeso, ese delicioso misterio de amor: Jesucristo nos ha enseñado, viviendo pobre, que ha consagrado en Sí mismo la pobreza, y que de vuelta al cielo continúa, sin embargo, viviendo sobre la tierra representado por los pobres, y que sus ruegos y oraciones son sus oraciones, sus lágrimas sus lágrimas; que Él es el que mendiga en el mendicante, el que tiene hambre en los famélicos, el que está enfermo en los enfermos, y desnudo en los que no tienen con qué vestirse; y que, por consiguiente, todo lo que hacemos por ellos, lo hacemos por Él mismo. En la persona de sus pobres sobre la tierra es, pues, Jesucristo quien desde lo alto del cielo recibe nuestros dones y se hace nuestro amigo; es su divino Padre, es su tierna y afectuosa Madre, son sus ángeles, son sus santos, es su córte celestial, son, en fin, todos los que con Él representan á los pobres en el cielo; y que de ese modo pueden protegernos, hacernos bien, bendecirnos en el curso de la vida, y acogernos despues de la muerte cuando nuestra entrada en el cielo (1).

De ahí las brillantes imágenes, las magníficas expresiones, las graciosas figuras, con las cuales el Espíritu Santo nos da la seguridad de que en el ejercicio de la caridad para con los pobres, encontraremos en toda ocasion, no sólo las gracias espirituales, sino tambien los beneficios temporales, con los cuales Dios nos manifestará su amor.

¿Teneis puesto todo vuestro conato, todo vuestro afan en la estabilidad de vuestra fortuna y en el acrecentamiento de vuestras rentas? Ya veis que os hablo un lenguaje enteramente humano: *Humanum dico* (2). Pues bien, atraeros un amigo en el pobre, enviando alguna parte de vuestra renta á la casa del pobre de Jesucristo; y miéntras que en un instante se hundirán con sus riquezas las familias de los que desoyen los lamentos de la indigencia abandonada y desvalida, veréis prosperar vuestra for-

(1) Quomodo recipient pauperes in æternam gloriam benefactores suos? Christus recipit vice illorum; quia quod pauperibus datur in terra, à Christo recipitur in cælo; quia ipse dixit: Quodcumque uni ex minimis meis fecistis, mihi fecistis. (*Euseb. Emiss.*)

(2) S. Paul (*Rom.*, vi.)

tuna. No, no es posible que llegue á caer en la miseria, y que se vea reducido á la triste necesidad de pedir, el que por caridad cristiana haya sido generoso en dar: *Qui dat pauperi non indigebit* (1).

¿Os hallais en la tribulacion y en la aficcion? Pues haceos un amigo del pobre, llegando á ser su consolador, y la caridad tomará como por la mano al Salvador mismo y le hará descender hácia vos para consolaros á vuestra vez en los tristes dias de vuestras desgracias: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem!.... In die mala liberabit eum Dominus* (2).

¿Os encontrais en una situacion llena de peligros y de escollos, y temeis á cada instante caer y perderos? Pues haceos un amigo del pobre socorriéndole cuando se halla débil y enfermo; ocultad vuestra limosna en el seno del pobre, y esa limosna aparecerá algun dia; y la caridad, matrona suplicante, prosterada ante el trono de Dios, os alcanzará fortaleza y valor para sosteneros: *Conclude eleemosynam in sinu pauperis, et hæc pro te orabit* (3).

Si vuestra alma está muerta por el pecado, y sois cual cadáveres espirituales bajo el peso abrumador de las amenazas de la cólera divina, formaos un amigo del pobre, que sufre los dolores de la enfermedad y las angustias de la miseria que van á acabar con la vida del cuerpo. La caridad será para vosotros un médico todo poderoso; su arte sobrehumano os obtendrá el espíritu de penitencia, la misericordia y el perdon que os harán resucitar á la vida de la gracia y al amor de Dios: *Eleemosyna à morte liberat, et facit invenire misericordiam* (4).

¿Estais abrumados por el pensamiento de tener que satisfacer á Dios por tantas faltas cometidas, verdaderas deudas contraídas con Él, y de las cuales os considerais insolventes? Pues haceos amigos del pobre, teniendo cuidado de pagar alguna deuda temporal que le oprima y vaya á hacerle perder su libertad entre los hombres; y esa limosna será una especie de redencion para vosotros; porque el pobre será en cierto modo para vosotros lo que

(1) *Prov.* XXVIII.

(2) *Ps.* XL.

(3) *Eccli.*, XXIX.

(4) *Tob.*, XXII.

Jesucristo es para todo el género humano. Del mismo modo que en su pasión apareció pobre, desnudo, famélico, cubierto de llagas y colmado de oprobio y de dolor, y que de esa miseria del Redentor ha provenido nuestra riqueza, de esa ignominia nuestra gloria, de esas llagas nuestra curación, y de ese dolor nuestro consuelo y nuestra fuerza de ánimo (1); así el pobre será para vosotros como otro Jesucristo sobre la tierra; sus llagas curadas por vuestra caridad, sus miserias socorridas curarán las llagas de vuestra alma, y la caridad os valdrá para con Dios una caución, una condonación de vuestras deudas espirituales; sí, seguid el consejo del Profeta, rescata vuestros pecados con la limosna (2).

Si teméis los rigores de la divina Justicia que habeis provocado con tantos desórdenes y tantos excesos, formaos un amigo del pobre cubriendo su desnudez, y la caridad será para vosotros una madre afectuosa, que ocultándoos bajo el velo de vuestros mismos beneficios, sabrá sustraeros á los rayos de la cólera divina. El príncipe de los Apóstoles ha dicho: «La caridad cubre la multitud de las faltas» (3).

¿Temblais, en fin, con la aterradora idea de la espantosa soledad en que se encontrará vuestra alma al salir del cuerpo? Pues haceos los amigos, los abogados, los defensores de los pobres, y la caridad os hará encontrar amigos y protectores, que recibiendo en medio de ellos en vuestros últimos momentos, y rodeando de su amor, os introducirán tranquilos y alegres en el palacio eterno (4).

Ved ahí ciertamente una hermosa doctrina, cual no la hubo jamás. Esos pobres, dice San Gregorio, que se encuentran en las calles y las plazas públicas, que nos rodean y molestan con sus lamentos y sus importunas peticiones, son poderosos intercesores que ruegan por nosotros, que prometen y devolverán más de lo que piden y reciben de nosotros (5). Cuando damos limosna no socorremos al pobre inferior á nosotros, sino que es un tributo de

(1) Cujus livore sanati sumus. (*Is.*, LIII.)

(2) Peccata tua eleemosynis redime. (*Dan.*, IV.)

(3) Caritas operit multitudinem peccatorum. (I, *Petr.*, IV.)

(4) Ut cum decesseritis recipiant vos in æterna tabernacula. (*Luc.*, XVI.)

(5) Ecce importune sese pauperes offerunt. Rogant vos qui pro nobis intercessores venient. (*S. Greg.*)

homenaje que ofrecemos á un superior, á un protector poderoso que nos facilitará la entrada en la bienaventuranza eterna (1).

Despertemos, pues, en nosotros en este día los más dulces, los más afectuosos sentimientos del corazón del hombre y de la caridad del cristiano. Apresurémonos, como el administrador infiel, á prevenir el día en que, sorprendidos por la muerte, nos veamos retirar la gestión de los bienes presentes, y en que ya no nos será posible obrar en esta vida. Puesto que hemos perdido el tiempo en que pudimos y debimos hacer el bien y hemos hecho mucho mal, no desperdiciemos los pocos instantes que nos quedan para reparar el tiempo perdido (2). Guardémonos, dice San Gregorio, de perder el tiempo en que podemos alcanzar de Dios misericordia siendo misericordiosos con los otros; guardémonos de descuidar el poderoso remedio de la limosna, que Jesucristo ha puesto á nuestra disposición (3).

Obremos con una santa habilidad; y si hemos sido pecadores, sepamos asegurarnos con la limosna intercesores que nos hagan perdonar nuestras faltas, y abogados que defiendan nuestra causa el día del juicio (4).

Recordemos, sobre todo, la grande verdad que nos es inculcada en el Evangelio, á saber: que Jesucristo, sentado en los cielos, recibe y acepta lo que por amor suyo damos al pobre tendido en el suelo (5). Recordemos á Jesucristo apareciéndose una noche á San Martín, rodeado de sus ángeles, y cubierto con la mitad de la clámide militar, de que el joven guerrero se despojó para cubrir á un pobre. ¡Con qué aire de divina complacencia y con qué tono afectuoso el amable Salvador le decía: «Martín, todavía catecúmeno, me ha cubierto con esta capa» (6). Pues bien, de la misma manera, los adornos profanos de que os priveis por dar

(1) Patronis potius in æterna tabernacula nos recepturis munera offerimus quæ egenis dona largimur. Videte si negare debemus quando patroni sunt qui petunt. (*S. Greg.*)

(2) Festina ergo ne satisfactionis tempus amittas, qui tempus operis perdidisti. (*Ibid.*)

(3) Nolite misericordiæ tempora perdere; nolite accepta remedia dissimulare. (*Ibid.*)

(4) Solerter agite; culparum vestrarum intercessores quærite; advocatos vobis in die judicii procurate. (*Ibid.*)

(5) Sediti in cælo datis quod jacenti in terra porrigitis. (*Ibid.*)

(6) Martinus adhuc catechumenus hac me veste contextit. (*Sulp. Sev.*)

limosna al pobre, los veréis en el día del juicio brillar sobre la persona misma del Juez Supremo, como una prueba auténtica de vuestra caridad, y una prenda de su misericordia, como un título á su amor y á la recompensa eterna.

Alivemos á los más desgraciados de entre los hombres para atraernos amigos al lado de Dios; compartamos con ellos los bienes temporales para que nos alcancen los bienes espirituales; llevemos el consuelo y la asistencia á sus habitaciones de acá abajo para que nos reciban en las mansiones celestiales; socorrámoslos en el tiempo, para que nos aseguren la posesion de la bienaventurada eternidad: *Ut recipiant vos in aeterna tabernacula.*

SEGUNDO PUNTO. Despues de lo que hemos dicho acerca del uso que puede hacerse de las riquezas temporales en provecho de nuestras almas, no nos sorprenderia el que alguno nos dijese: «Por injustas y criminales que puedan ser esas riquezas, en cuanto á su origen ó en cuanto á sus efectos, no por eso es ménos cierto que son una cosa muy buena para el cielo y para la tierra; pues que, distribuidas á los pobres, pueden llegar á ser un medio de expiacion de las faltas cometidas, y una prenda de salvacion y de vida eterna. Los pobres son doblemente desgraciados, pues que la indigencia y la miseria, no tan sólo les privan de las dulzuras y comodidades de la vida, sino tambien de un medio tan eficaz de gracia y de salvacion para la eternidad.

Á esta objecion pueden darse dos respuestas. Primera, que los pobres, aunque no estén obligados á dar limosna y pueda parecerles imposible, son en realidad, en muchos casos, los únicos que la hacen. ¡Ay! La piedad, la delicadeza de sentimientos, la caridad se encuentran más fácilmente en las cabañas de los pobres que en los palacios de los grandes. Allí en donde la fortuna es más mediana es donde con frecuencia hay más caridad; los ménos ricos, los que más necesidad tienen para sí mismos, son por lo comun los más generosos con los demas. Miétras que los trajes riquísimos, las maneras distinguidas y el proceder delicado encubren muchas veces un corazon de hierro y de mármol, caracteres innobles, naturalezas envilecidas y almas abyectas, suelen encontrarse debajo de pobres hárapos, en manos encallecidas por el trabajo, en las condiciones más oscuras y en la apariencia más grosera, corazones nobles, almas grandes, caracteres admi-

rables, y una elevacion de sentimientos digna de los que han nacido para mandar á los pueblos.

Miétras que el rico, no sólo no da limosna, sino que no sufre que se la pidan, el pobre jamas pedirá en vano al que dista mucho de ser rico. Miétras el capitalista y el propietario suponen que no tienen nada que dar, el miserable artesano, la infeliz madre de familia, que á duras penas subsisten con el trabajo de sus manos y con el sudor de su frente, encuentran siempre con qué aplacar el hambre del huérfano, socorrer á la viuda y aliviar al desgraciado. Miétras que el rico que no tiene herederos legítimos que recojan su fortuna no se atreve á consagrar á los pobres la parte más insignificante de ella, el miserable trabajador, cargado de hijos, tiene la generosidad y el valor de llevarse á su casa al expósito, progenitura de padres desconocidos, y de partir con aquel hijo extraño el pan de sus propios hijos. Miétras que el rico rehusa el dar lo supérfluo, el pobre se priva hasta de lo necesario por la caridad; miétras que el rico no da ni aún las migajas de su pan, el pobre da generosamente la mitad del que habia reservado para su comida. ¡Gran Dios, puesto que mejor que el rico, el pobre, á pesar de su indigencia, puede ejercer, y de hecho ejerce la caridad más amplia, tambien será mil veces mayor la recompensa que le está reservada por el Dios Remunerador!

Segunda respuesta: las almas verdaderamente caritativas, aunque pobres, si no tienen que dar por sí mismas, saben conducirse de manera que otros den. Si no pueden ayudar al pobre con su dinero, pueden socorrerle con sus gestiones, y Dios sabe con cuánta generosidad, con cuánto desinterés, con cuánto afán y con cuánto celo se dedican á suplicar por él. Y si no pueden acudir en su auxilio con sus pasos y diligencia, le prodigarán palabras cariñosas y lágrimas, indicios sinceros de su conmiseracion y de su caridad; y si no pueden por ese medio librarle de su pena y afliccion, al ménos le recomendarán la paciencia y la resignacion, y le sostendrán y reanimarán en su abatimiento y su dolor; y si no pueden proporcionarle alivio y consuelo en cuanto al cuerpo, tendrán al ménos un bálsamo para su corazon, haciéndole olvidar por un instante sus penas.

¡Oh vosotros, los que no teneis que dar á otro, y que careciendo del pan necesario para vosotros mismos os entregais á la amar-

gura y la afliccion cuando os hablamos de la limosna, y os desconsolais de que vuestra desgraciada condicion os haga extraños á las recompensas preparadas por Dios á la caridad! ¡Oh vosotros, los que resignados y tranquilos en vuestras penalidades personales, sentís más vivamente y deplorais con mayor amargura vuestra propia miseria cuando no podeis seguir los generosos impulsos de vuestra caridad para aliviar la miseria de otro; vosotros, que entónces deseais ó que el rico tuviera vuestro corazon, ó que vosotros tuvieseis su fortuna; no, vosotros no teneis que desconsolaros, almas grandes, almas verdaderamente heróicas; vosotros, á quienes el mundo no conoce, pero que el cielo admira; de quienes los hombres no se cuidan, pero que Dios honra y bendice; no, no, vosotros no teneis que desconsolaros; el rico, si no tiene un corazon como el vuestro, tiene que temerlo todo; pero vosotros, precisamente porque no poseeis la fortuna del rico, podeis esperar todo! El óbolo de la viuda fué más alabado de Jesucristo que las ricas ofrendas de los fariseos. Vuestros mismos deseos de socorrer al pobre, la pena interior que sentís por no poder socorrerle, delante de Dios que escudriña los corazones equivalen á las más magníficas larguezas. Con eso solamente, y sin dar nada, teneis todo el mérito de los que dan mucho. Asociados así á los sentimientos de los hombres de misericordia, tendréis todas sus recompensas, y sin socorrer de hecho á los pobres, tendréis entre ellos amigos que os recibirán en la hora de vuestra muerte, y os introducirán en esos mismos tabernáculos eternos que las poderosas oraciones del pobre alcanzan para la beneficencia cristiana del rico: *Ut cum defeceritis recipiant vos in æterna tabernacula.* Así sea.

DUODÉCIMA HOMILÍA.

EL RICO MALO, Ó LA OBLIGACION DE LA LIMOSNA.

Quod superest date elemosynam. (SAN LÚCAS, XI.)

Dad limosna de lo que os sobra.

Dos cosas deben hallarse reunidas en el corazon y la conducta de los ministros de Jesucristo, como lo estuvieron en la persona del divino Maestro: la fidelidad en la palabra de Dios, y la compasion con las miserias de los hombres; la severa justicia, que no se perdona nada á sí misma, y la paz, la mansedumbre, la caridad que se compadece de las faltas de otro y que se prodiga para la asistencia y auxilio de los demas. La misericordia y la verdad, habia dicho el Profeta, han venido á encontrarse en la tierra; la justicia y la paz se han abrazado (1).

No habia nada de eso en el corazon de los sacerdotes judíos; por el contrario, nos dice el venerable Beda, no escuchaban más que su orgullo y su codicia, y eran tan duros para con el prójimo como indulgentes y fáciles para sí mismos; doblemente crueles, se les veia negar el perdon á los penitentes y rehusar la asistencia á los pobres (2).

Por eso el Señor, despues de haberles exhortado con la parábola del hijo pródigo, á que tuviesen misericordia con el pecador penitente, quiso, con la parábola del administrador infiel, inducirles á que usasen de caridad para con sus hermanos indigentes.

(1) Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatæ sunt. (Ps. LXXXIV.)

(2) Pharisei superbi et avari sicut pœnitentibus veniam, sic egentibus pecuniam negabant. (Vener. Bed.)